

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 30 DE NOVIEMBRE DE 1914

Núm. 1.718



S. Illma. el nuevo obispo de Barcelona Dr. D. Enrique Reig y Casanova

que el día 21 del corriente hizo su entrada oficial en esta ciudad. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *La trágica historia de Stradella*, por Francisco Iribarne. - *La guerra europea*. - *Marruecos. Inauguración de un fuerte*. - *El feldmariscal lord Roberts*. - Madrid. *Estreno de «La vida breve»*. - *El pianista Emerico von Stefanini*. - *Por casar a su hija* (novela ilustrada; continuación). - Buenos Aires. *Entierro del general Roca*. - Madrid. *11 Congreso Nacional de Sanidad Civil*. - Libros.

Grabados. - S. Illma. *el nuevo obispo de Barcelona doctor D. Enrique Reig y Casanova*. - Dibujo de Mas y Fondevilla, que ilustra *La trágica historia de Stradella*. - *La guerra europea* (siete fotografías). - *¡Adiós, hijo mío!*, dibujo de Martí Cabot. - *SS. MM. los Reyes de Bélgica*, bustos modelados por Victor Rousseau. - *Marruecos. Inauguración de un fuerte*. - *El feldmariscal lord Roberts*. - Madrid. *Estreno de «La vida breve»*. - *El pianista Emerico von Stefanini*. - Buenos Aires. *Entierro del general Roca*. - Madrid. *11 Congreso Nacional de Sanidad Civil*.

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

De este año 14 del siglo XX quedará en todas partes amarga recordación. Diríase que también para la historia hay días claros y días siniestros, estaciones rientes y estaciones tempestuosas y sombrías que, a las veces, como ahora, parecen un ensayo del juicio final. Se apaga para el mundo el sol de la alegría y todo se suma en tristeza, en lobreguez, en desolación. La generaciones nacidas bajo este signo y las almas que maduraron en estas épocas de desventura, conservan para siempre un sello trágico y una iniciación imborrable.

Son ellas las que consuman las grandes transformaciones del espíritu, las grandes revoluciones filosóficas y literarias, los retornos a la creencia religiosa desdeñada o a la tradición nacional preterida. Son ellas las que restauran los ideales y los sentimientos, las que compensan al mundo con una época de fervor y misericordia de otra época de escepticismo, de frivolidad o de degradación. A esta luz podemos apreciar ahora el gran movimiento romántico y de restauración nacional y religiosa que conmovió a la humanidad en los comienzos de la pasada centuria, después de la Revolución francesa, de las guerras de la República y del Imperio, del espanto universal que pesó sobre las conciencias desde 1789 a 1815. Nunca como ahora se me había hecho tan perceptible el enlace entre estos fenómenos intelectuales y afectivos con la historia viva, con el precedente biológico, en virtud del cual se mantienen las grandes mareas del pensamiento, con su flujo y reflujo indefectibles.

Porque ahora se ve claramente que al salir de la actual conflagración, cuando se haya apagado el eco del último cañonazo y se haya disuelto en la atmósfera el humo de la postrer descarga, el hombre no será ya el mismo, los pueblos no serán ya los mismos, Europa no será tampoco la misma; y la purificación por el dolor y el martirio habrá de elevar por fuerza los espíritus, haciendo que florezcan nuevas idealidades insospechadas y nuevos sentimientos sobre la costra del planeta endurecido ahora por el egoísmo, la molicie, la cobardía y la sequedad de corazón. Entonces no será posible que la humanidad reanude su soliloquio en el punto en que lo dejó, porque habrá comenzado una nueva época. No podrá repetir el clásico «decíamos ayer» porque tal vez haya olvidado, como Parménides después de su siesta famosa, las palabras y las ideas que el sueño letárgico vino a interrumpir, o, si las recuerda, le parecerán engendros del delirio y la pesadilla.

No hace todavía muchos meses, poco antes de estallar la guerra, en una ilustre ciudad de Cataluña tocóme disertar acerca de Balmes y de su significación dentro de aquel gran reflujo romántico-religioso que siguió a la Revolución y a las campañas de Bonaparte. Con un vago presentimiento de los días apocalípticos que se acercaban entonces, sintiendo preñado el porvenir de inminentes catástrofes y mutaciones hablé de aquella transformación de espíritu, la más próxima a nosotros y que puede dar acaso una pauta de la que nos toca presenciar, en este ritmo incansante de las aspiraciones e inquietudes de nuestra especie.

Describí en aquella ocasión ese cambio de espíritu que vino a sorprender con retraso a los españoles; porque mientras aquí se discutía durante la guerra de la Independencia y las Cortes de Cádiz según el viejo vocabulario del siglo XVIII; mientras la polémica era todavía del escolasticismo contra el enciclopedismo y en 1810, tratando de la futura Constitución, se repetían los tópicos agotados veinte años antes en la Constituyente y la Legislativa acerca de los Derechos del Hombre y la Constitución de 1791, hacía tiempo ya que corrían por el mundo las páginas de José de Maistre, ornadas con la púrpura de los recientes martirios, puesto que el cataclismo revolucionario había encontrado al fin un profeta a su

altura, digno de ella, capaz de darnos su verdadera medida y su insondable profundidad. Hacia tiempo que había aparecido ya *El Genio del Cristianismo* y que Chateaubriand comunicaba a su lenguaje la vibración del bronce sagrado. En aquel mismo instante Bonald ensaya su vuelo magnífico; en las soledades del colegio, como el espectro luminoso de la Anunciación, empieza a perfilarse la musa adolescente de Lamartine y, en los asceterios levantados de sus ruinas, sobre las aras purificadas de su reciente profanación, un coro de jóvenes levitas se educa en la adversidad y el sacrificio, como si vibrase otra vez, sobre la Iglesia perseguida, el estro de Prudencio.

Y éste fué el reflujo de que hablaba, éste el momento de la Restauración que siguió entonces como sigue siempre a las devastaciones supremas; un retorno, a la vez violento y dulcísimo, a lo sobrenatural cristiano; una comezón universal de las multitudes que buscan la paz del alma y que con sus rodillas ulceradas, con sus frentes abatidas, con sus lágrimas de contrición borran de las losas del templo el rastro sacrilego de la bacanal jacobina. Este momento ofrece al espectador un carácter único e inconfundible: efusión de espíritu. Las almas, las inteligencias, las inspiraciones arden y perfuman como una cera virgen y olorosa. Todo toma entonces forma de regeneración y holocausto. En todos los pueblos cristianos se acentúa misteriosamente una inclinación a la unidad de la creencia; los católicos se hacen oír de los protestantes y los protestantes apenas se apartan en su lenguaje de la más pura ortodoxia, como aconteció entre los románticos alemanes. Los mismos incrédulos, hasta los más desolados y misantrópicos prestan a la fe el gran servicio de abrirse las entrañas, como el ejemplar pelicano de Musset, denunciando el horror del mal de la época y del vacío de la vida, o se sienten subyugados, como Vigny, por la sublimidad de esa hora de la cual se sienten excluidos.

¿Por qué? La catástrofe ha transformado el alma del mundo. Más de un siglo había pasado entonces desde la muerte de Bossuet, más de un siglo desde la muerte de Fenelón, casi un siglo desde la muerte de Massillon. El genio cristiano enmudeció con ellos para la literatura. El buen éxito y la nombradía pasaron a manos de la irreligión; el siglo XVIII consumió su obra y los hombres famosos de ese siglo se llamaron Voltaire, Rousseau, Diderot, Condorcet. Mas ahora, en los primeros cuarenta años del siglo XIX, ¡qué mudanza más profunda! El viento de la inspiración vuelve a soplar del hemisferio de la Cruz; la gloria ha cambiado de dirección; el genio cristiano produce otra vez grandes talentos, inflamados de nueva elocuencia; y los nombres de Maistre, de Chateaubriand, de Manzoni, de Lamartine, de Lamennais, de Montalembert, de Balmes recorren triunfalmente el mundo, no ya como valores relativos o de comunión religiosa, sino como valores humanos universales y absolutos.

La Restauración tuvo su fase postrera e inefable en lo que se llamó Conciliación, con la cual vinieron a coincidir Balmes y su grupo. Aquellos hombres, es cierto, fracasaron en el sentido material de la palabra. Tuvieron razón antes de tiempo, según frase de Menéndez y Pelayo, y no ha faltado quien se doliera de las horas y del talento invertidos en su utopía: esa utopía de concordia entre el nuevo y el antiguo régimen que viene a recordarnos también, por otros aspectos, la conflagración actual, pues Bélgica, la víctima, la hostia del presente conflicto, fué la concreción política y la creación de los «conciliadores», nacida dentro del espíritu creado por esos Lacordaire, Montalembert y Ozanam.

Mas aun admitiendo que tantos esfuerzos y tanta luz, y tanta elocuencia no fuesen más que tesoros echados al mar, nunca podría considerarse estéril o perdido un intento que tales caracteres engendraba. Esas vidas son, por sí mismas, su mejor justificación y aunque no hubiesen producido otro beneficio que el bello espectáculo de su propia elevación y nobleza, todo debiera darse por bien empleado. Ellas brillaron generosas, con los colores del arco de la alianza, entre dos épocas de horror, entre 1793 y 1871, llenando momentáneamente la tierra de un suave olor de mirra expiatoria. Ellas vindicaron a la humanidad de las afrentas de la humanidad vuelta a las ferocidades del salvajismo y sublimaron la religión con el símbolo ejemplar de Monseñor d'Affre, cayendo herido de muerte al interponerse entre las barricadas del 48. Ellas fueron, en fin, los portavoces de la misericordia, los antípodas del Terror y el desagravio que nuestra especie se ofrecía a sí misma por el oprobio de haber producido aquella generación de monstruos que acababan de llamarse Marat, Carrier, Frerún, Fouquier-Thinville.

Así son, pues, estas largas y profundas mutaciones

de espíritu que la adversidad desencadena de vez en cuando entre los hombres. La semejanza de las causas induce a pensar actualmente en la posibilidad de una semejanza de efectos. Como el individuo que se ha visto en las puertas de la muerte, cuando recobra vida y salud parece cambiado y corregido y dotado de una experiencia que no pudo sospechar nunca, las generaciones aleccionadas por un infortunio tan estupendo como el que presenciamos ahora no pueden salir impenitentes de ese aviso. Sin duda algo de misterioso y profundo, algo de sagrado, trabaja a estas horas en las entrañas de la humanidad, en los arcanos del porvenir.

La obsesión de carácter universal que turba nuestro espíritu inclinándole a disquisiciones tales como las que van expuestas, se ve actualmente corroborada en Barcelona por circunstancias locales cuyo recuerdo no es posible omitir. Me refiero, como habrá comprendido el lector, a las enfermedades reinantes en nuestra ciudad y al ambiente de tristeza y preocupación naturalísimas creado por ellas.

Ne cabe dudar que se trata de una contingencia pasajera y que seguramente habrá pasado del todo cuando venga la ocasión de escribir mi próxima crónica. Ello no obstante, esta nueva contrariedad añadida a la turbación de los tiempos, a la duración de la guerra, a sus repercusiones económicas y a la dolorosa expectativa de mayores complicaciones posibles y aun probables, hará que el mes de noviembre de 1914 se recuerde por largo tiempo como uno de los periodos más angustiosos y desagradables que le haya tocado en suerte vivir a nuestra generación.

Días de profunda tristeza han sido éstos y de gran contrariedad para Barcelona, donde tantos hogares han sido visitados por la dolencia, tantas familias visiten luto y tantos corazones se han sentido desgarrados por pérdidas inesperadas e irreparables. Una vez más se ha planteado aquí el problema de la higienización, de los servicios urbanos, de los descuidos e incurias de la administración comunal y de la influencia perturbadora que ejerce sobre ellos la política, desviada en sentido de constituir ahora una acción para los partidos y no una acción para la patria.

De esta brusca sacudida podría engendrarse ciertamente una mejora. Yo no confío en ello porque en España se ha perdido toda idea de continuidad, prosecución y coherencia de los esfuerzos. Se protesta cuando hay motivo, como ahora; se protesta cuando no le hay; se protesta siempre. Pero casi nunca esa protesta resulta eficaz, ya que la conciencia pública es inconstante y distraída, carece de memoria y de firmeza de orientación y olvida con la misma facilidad que se irrita o enfurece.

¿Quién duda que este momento, si se supiera sacar partido de la lección recibida, sería el más oportuno para resolver de raíz una porción de problemas urbanos tan importantes como el de la conducción y distribución interior del agua de Moncada, como el de la limpieza y riego de las vías públicas, como el saneamiento del alcantarillado, como el de reducir a vigencia la letra muerta de las Ordenanzas municipales por parte del vecindario mismo? Así sucedería en otros países; la experiencia que tenemos del nuestro nos obliga a declarar que no tenemos fe ni siquiera en esta leve enmienda de carácter local.

¿Novedades artísticas, literarias, teatrales? La Lyda Borelli ha vuelto a representar en Barcelona, con notable éxito, acrecentado esta vez por el reclamo del cinematógrafo, que ha ensanchado extraordinariamente el público de la insigne actriz. Algunos teatros cierran, esperando que pase la racha sanitaria. Es posible que el Liceo, cuando estas líneas vean la luz pública, haya suspendido también sus funciones: mucha gente ha salido momentáneamente de Barcelona reanudando el veraneo.

Como novedades literarias debo citar, nada más que citar, pues han llegado ahora mismo a mis manos: la traducción castellana de *La bien plantada*, de Ors, por Rafael Marquina; *La filosofía del hombre que trabaja y que juega*, antología filosófica del mismo Ors, compilada por los Sres. Rucabado y Farrán, y el *Primer libro de Poemas*, de José María de Sagarra. El escritor que firma *Gaziel* ha puesto fin al *Diario de un Estudiante*, historia de treinta y cuatro días de París desde la declaración de la guerra, que ha constituido un verdadero éxito periodístico.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA TRÁGICA HISTORIA DE STRADELLA, POR FRANCISCO IRIBARNE, dibujo de Mas y Fondevila



Los dos hombres que aguardan a Stradella junto a la iglesia de Santa María de Novella...

Stradella tiene una cabeza de líneas enérgicas, la nariz aguileña, los labios finos y sangrientos, las manos largas, delicadas, aristocráticas, y los ojos negros y soñadores. Stradella se halla en pie, rodeado de seis artistas que cantan con él una oración a la Virgen en el coro de la pequeña iglesia de Santa María de Novella. En el órgano suenan unos acordes lentos, solemnes, melancólicos; a estos acordes sucede un silencio y en este silencio nace la melodía delicada y suave, tierna y acariciadora, como la voz de una madre que canta al hijo para dormirle en su re-

gazo. La voz clara y aterciopelada de Stradella tiene inflexiones delicadísimas; es como un fresco manantial, como una fuente milagrosa de exquisita armonía. Las candorosas y humildes palabras de la oración adquieren en su boca entonaciones sorprendentes, delicados matices, vibraciones tan amables como incomprensibles. Es la última hora de la tarde y la luz del sol penetra por uno de los altos ventanales policromos, cortando el espacio con sus rayos teñidos de azul, de rojo y de amarillo. El altar de María está lleno de flores y el cálido perfume de las

rosas y de los nardos se mezcla al penetrante aroma del incienso y al indefinible olor de la multitud que llena por completo la pequeña iglesia. Cuando acaba Stradella su divina plegaria, se oye un prolongado murmullo revelador del más profundo entusiasmo. Una mujer joven, que cubre su cuerpo con un negro manto, eleva hacia la Virgen sus magníficos ojos arrasados de lágrimas y sus labios murmuran una súplica dolorosa:

«¡Madre mía, ten piedad de nosotros; libranos a él y a mí de todo mal! Somos irresponsables de este

amor que nació milagrosamente en nuestros corazones. ¡Protégenos, madre santa! ¡Desarma el brazo de los asesinos, cuyos puñales se alzan en la sombra para herirnos traidoramente!»

La pecadora inclina la cabeza sobre el pecho dejando escapar un prolongado sollozo y sus manos se cruzan en humilde actitud.

En el coro, los artistas que cantaron la salve mi-

forzoso es hacer un pequeño paréntesis para decir al lector que los sucesos que relatamos acaecieron en Roma a mediados del siglo XVIII. No era difícil entonces hallar hombres dispuestos a cometer los mayores crímenes a cambio de un puñado de oro. Asesinos y condotieros servían los depravados instintos de unos cuantos nobles atentos únicamente a la satisfacción de sus groseros apetitos. Es un espec-

— ¡Es el artista más grande de Italia!
— Te juro que no quisiera haberle oído.
— Es imposible matar a un hombre que canta de ese modo.

— Sí; pero nosotros hemos jurado asesinarle...
Los fieles iban saliendo de la iglesia y ellos abandonaron también el templo confundidos entre la multitud.



La guerra europea. En Constantinopla. — Patriotismo turco. Desde que Turquía ha intervenido en la actual guerra, luchando al lado de Alemania y Austria, los turcos han puesto gran empeño en manifestar por todos los medios posibles el patriotismo de que se sienten animados, y uno de estos medios consiste en desterrar el sombrero de copa y el hongo para volver al del gorro nacional, el fez, que había caído últimamente en desuso. (De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

ran conmovidos de admiración a su compañero Stradella, cuyos ojos sombríos permanecen quietos, inmóviles, como si contemplasen una de esas visiones lejanas que pone la imaginación delante de los ojos. Ninguno se atreve a interrumpirle y se alejan, dejándole sumido en sus misteriosos pensamientos.

La multitud sale del templo. Sólo queda arrodillada ante el altar de la Virgen la hermosa y triste pecadora del negro manto que continúa rezando.

Un sacerdote se acerca a Stradella poniéndole la mano con cariño sobre la espalda, y el artista vuelve hacia él sus ojos como si despertara de un sueño.

— ¡Valor, hijo mío!, dice el cura, no hay que desesperar; la misericordia de Dios es muy grande.

— Conozco a mis enemigos, murmura tristemente el cantante; sólo un milagro puede aplacar el odio insensato que alientan en sus corazones. Ayer he recibido una carta de Florencia en la que me dicen que el padre de mi esposa y el caballero a quien se hallaba prometida pusieron de acuerdo para vengarse y pagaron dos asesinos que andan buscándonos por toda Italia. No tardarán mucho en llegar a Roma: tal vez se hallan cerca de nosotros dispuestos a lanzarse sobre mí para cumplir su fatal designio. Nuestra vida, padre mío, es una zozobra continua, un suplicio realmente insoportable. De noche, el menor ruido nos hace despertar sobresaltados; en la calle, cualquier hombre que ronda, cualquier individuo que marcha detrás de nosotros, se nos antoja un asesino.

Stradella mira a lo alto, desesperadamente, como para implorar una vez más la misericordia divina. El sacerdote le coge del brazo y juntos salen del coro, descendiendo luego una estrecha escalera para ir a la sacristía. Allí aguarda la esposa enlutada cuyos hermosos ojos ha enrojecido el llanto.

Está anocheciendo; las últimas claridades vespertinas iluminan la callejuela desierta en la que se abre la puerta del presbiterio. Ocultos en la sombra de un ancho portalón, situado a pocos pasos de la iglesia, hay dos hombres. Son sin duda los miserables pagados para asesinar a Stradella.

Antes de llegar al final de esta verídica historia,

táculo conmovedor y pintoresco el que ofrece en esta época el suelo italiano, donde florecen juntas las más excelsas virtudes y las perversidades más escandalosas. Roto el freno moral que imponía el espíritu religioso, cae el pueblo en una especie de *diletantismo*, haciéndose esclavo de una serie infinita de supersticiones. Los conceptos del honor, del deber, de la dignidad personal y aun de la dignidad humana, se hallan bastardeados hasta un extremo inconcebible. Los ciudadanos fían más en su propio esfuerzo que en la justicia oficial puesta al servicio de unos cuantos afortunados. Estos mismos señores egoístas son los que dan el ejemplo sirviéndose de rufianes y canallas que viven a su costa y son el brazo ejecutor de sus crueles determinaciones.

Los dos hombres que aguardan a Stradella junto a la iglesia de Santa María de Novella pertenecen a esa clase de degenerados que venden su alma al diablo por una recompensa irrisoria.

Posesionados de su innoble papel, viajaron durante cuatro meses buscando en distintas ciudades a los amantes fugitivos. Ya desesperaban de encontrarlos cuando el azar guió sus pasos hacia la iglesia en donde cantaba el infortunado Stradella.

Entraron en el templo para escuchar la salve, como entraban en todas las iglesias, esperando oír en alguna parte la magnífica e incomparable voz del fugitivo.

Pronto los ojos escudriñadores de uno de los asesinos descubrieron al pie del altar de María a la cantante veneciana. Miráronse uno a otro, en silencio, sobrecogidos por tan repentina aparición.

— Es ella, murmuró por lo bajo uno de los rufianes.

— Sí, es ella. Y él, sin duda, está en el coro.

— Oigamos al ruiñeñor antes de que caiga en el garlito.

Y apoyados en una columna escucharon la voz sublime del artista, la divina oración conmovedora que se elevaba al cielo entre el aroma sensual de las flores y el místico perfume del incienso.

Al acabar el canto hallábanse, como todos los oyentes, profundamente conmovidos. Uno de ellos dijo, revelando en sus palabras el mayor entusiasmo:

Una vez en la calle se detuvieron como para orientarse.

— Saldrán, seguramente, por la puerta de la sacristía, dijo el que parecía más decidido, aguardemos aquí, en este portalón, para salirles al encuentro.

En aquel instante Stradella y su esposa despedíanse del párroco y salían a la calle cogidos amorosamente del brazo. Al llegar frente al portalón mencionado, los dos rufianes les cortaron el paso. La desgraciada esposa del artista dió un grito y cayó al suelo desmayada. Stradella quedó en pie, mudo, como petrificado por el terror; un sudor frío inundó su rostro, densamente pálido. Los asesinos miráronle un instante y luego se acercaron a él sonriendo afectuosamente.

— Somos dos de vuestros más entusiastas admiradores, dijo uno de ellos haciendo ante el artista la más graciosa reverencia, y hemos venido únicamente para saludaros.

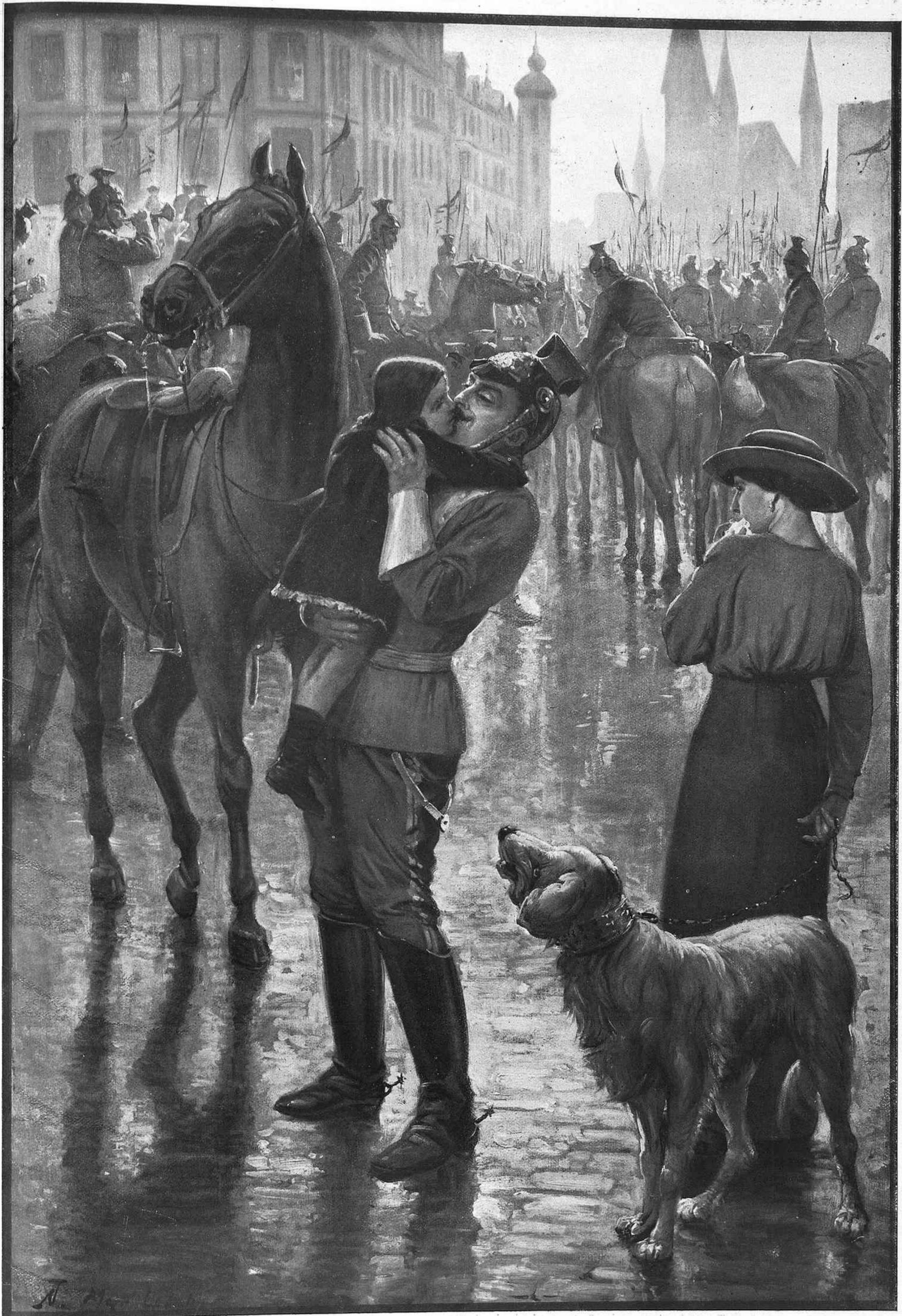
Stradella, a quien no tranquilizaron por completo aquellas palabras, inclinóse para levantar del suelo a su desventurada esposa.

— Cantáis de un modo tan admirable, añadió el rufián cínicamente, tenéis una voz tan prodigiosa, que su sonido hace que los puñales se conviertan en alabanzas. Vuestro terror está justificado, habíamos venido a mataros; pero cometimos la imprudencia de oír la salve y vuestro arte os ha servido de salvaguardia.

Los dos bandidos acompañaron al artista hasta su casa, aconsejándole que saliera cuanto antes de Roma para poder decir que no le habían podido dar alcance.

Si nosotros hubiésemos inventado esta dramática historia, acabaríamos aquí el relato; pero no es posible hacer tal cosa sin faltar abiertamente a la verdad histórica.

Stendhal nos informa, al hacer la biografía de Rossini, del trágico fin del tenor Stradella. Los enemigos del desgraciado artista no descansaron hasta satisfacer su odioso deseo de venganza, y en Nápoles, una mañana, Stradella y su esposa amanecieron en su lecho asesinados.



LAS TRISTEZAS DE LA GUERRA. -¡ADIÓS, HIJO MÍO!, composición y dibujo de Martí Cabot

Llegó el momento de partir para la guerra, y en aras del sentimiento de patria todos los demás sentimientos se inmolan. El padre sepárase del hijo y al estampar en su puro rostro el beso de despedida, pone en él todo el amor, todo el fuego del último ósculo. Y el niño, con ese instinto de los seres inocentes, pone también todo su amor en aquel estrecho abrazo, cual si presintiese que aquel adiós es el adiós de la separación suprema

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de M. Rol.)



París. La fiesta patronímica de S. M. el Rey de Bélgica. — La multitud delante de la iglesia de los Flamencos, en donde se celebró una misa y se cantó un «Te Deum» actos a los que asistieron el ministro de Bélgica con el personal de la legación, representantes del arzobispo y del gobernador militar de París, muchas personalidades distinguidas parisienses y de la colonia belga, y gran número de oficiales y soldados belgas.

Como en las últimas crónicas, hemos de empezar ésta diciendo que en el Norte de Francia y en el Sur de Bélgica la situación apenas ha variado. Las lluvias por un lado, y las inundaciones provocadas por los aliados, por otro, han convertido aquella región en un lago, dificultando enormemente los movimientos de las tropas y sobre todo el transporte de la artillería. Los caminos y las trincheras están anegados y en estas condiciones no es posible a ninguno de los ejércitos emprender una acción decisiva.

No quiere esto decir, sin embargo, que no se combata; pero la lucha es casi exclusivamente de artillería y apenas si aparte del continuo cañoneo dan cuenta los partes oficiales de otra cosa que de ataques y contraataques de importancia relativamente escasa. En alguna de estas operaciones han tomado parte siete barcos de guerra ingleses cañoneando las posiciones de los alemanes; pero, según afirman éstos, dichos buques hubieron de retirarse ante los disparos de la artillería enemiga, yéndose a pique uno de ellos.

Créese que a esta calma relativa de ahora sucederá en breve un nuevo ataque de los alemanes, que, según parece, acumulan grandes refuerzos en hombres, artillería y material de guerra entre Nieuport y Ostende. Sus últimas acometidas han sido dirigidas contra Iprés.

Tampoco ha variado sensiblemente la situación en el resto de la extensa línea que va desde el Mar del Norte hasta Verdún; en unos puntos los aliados han hecho algunos progresos; en otros, especialmente en los bosques del Argona y al Sur de Verdún, parecen haberlos hecho los alemanes; pero sin que ni unos ni otros hayan conseguido una victoria importante ni conquistado ninguna nueva posición de verdadero valor estratégico.

En el teatro de la guerra oriental la lucha continúa revis-

tiendo caracteres de mayor violencia, trabándose grandes batallas entre los rusos y los alemanes y austriacos. Pero sigue también la contradicción de noticias que no permiten apreciar debidamente cuál de los dos beligerantes ha conseguido ventajas decisivas o al menos de positiva importancia. Leyendo las de origen alemán y austriaco, vemos que los alemanes han rechazado a los rusos en la región situada al Sur de Stallupoenne, los han derrotado en Soldau, obligándolos a replegarse

allá de Wizvallen; que los austriacos han librado combates victoriosos en la Polonia rusa y han derrotado fuertes contingentes de caballería enemiga; que en todo el frente de la Polonia rusa progresa la ofensiva austro-alemana contra el grueso de las fuerzas rusas; y que en los ataques a la plaza de Przemysl los rusos han sufrido grandes pérdidas. Los rusos, por su parte, se atribuyen también importantes victorias; así afirman en sus comunicaciones oficiales u oficiosas que han obligado a los alemanes a replegarse sobre Gumbinen; que en la Prusia oriental se han apoderado de importantes posiciones haciendo numerosos prisioneros y tomando cañones y ametralladoras; que han ocupado algunas poblaciones en la Galizia y en los Cárpatos; que han obtenido algunos éxitos parciales en los encarnizados combates librados en las inmediaciones de Cracovia, haciendo muchos prisioneros y que cerca de Plock han alcanzado una victoria decisiva causando enormes pérdidas al enemigo.

En la lucha entre austriacos y serbios y montenegrinos llevan éstos la peor parte. Los únicos éxitos de que ellos mismos nos hablan han sido dos derrotas de escasa importancia causadas a los austriacos; éstos, en cambio, han invadido el territorio de Montenegro, y en su impetuoso avance contra los serbios han obligado al ejército serbio a retirarse y al gobierno a trasladarse de Nish a Uskub.

De las operaciones en que intervienen los turcos las más importantes han sido las siguientes: En el Golfo Pérsico las fuerzas angloindias destruyeron el fuerte de Tao y derrotaron a los turcos apoderándose de su campamento; en cambio, en Xatt-el-Arab (unión del Tigris con el Eufrates), los turcos han derrotado a los ingleses causándoles muchas bajas. En la región de Erzerum (Cáucaso), los turcos han sido rechazados por los rusos, los cuales han



En el teatro de la guerra. — Viviendas de campaña de los soldados franceses instaladas en las cercanías del campo de batalla y construídas con tablas y ramaje

nuevamente hacia Polonia, en Lipno, en Woeclawed, haciéndoles 25.000 prisioneros, entre ellos el gobernador de Varsovia y tomándoles abundante artillería y material de guerra, y que los han obligado a retirarse hacia Mlawa y Plock; que importantes fuerzas rusas han sido derrotadas y rechazadas más

el fuerte de Tao y derrotaron a los turcos apoderándose de su campamento; en cambio, en Xatt-el-Arab (unión del Tigris con el Eufrates), los turcos han derrotado a los ingleses causándoles muchas bajas. En la región de Erzerum (Cáucaso), los turcos han sido rechazados por los rusos, los cuales han



El asedio de Tsing-Tao. - Marineros de guerra alemanes que fueron utilizados como fuerza de caballería para la defensa de aquella plaza, que se rindió después de haber resistido heroicamente durante dos meses el bombardeo y los ataques de la escuadra y del ejército japoneses.

bombardeado la ciudad de Chopa, en donde aquéllos se disponían a tomar la ofensiva. En Egipto, de donde se reciben muy pocas noticias a causa de la severa censura inglesa, los turcos han ocupado las poblaciones de Kala y Ubral, situadas a 80 kilómetros de la frontera, y avanzan, según parece, en dirección al Canal de Suez. Finalmente los turcos han ocupado totalmente la provincia autónoma del Líbano.

Según noticias de origen alemán y austriaco, el emir del Afganistán ha llamado a filas a todos los mahometanos y su ejército marcha sobre la frontera india; el patriarca armenio se ha puesto al lado de Turquía; y en la India y en la Arabia, al igual que en el Afganistán, la proclamación de la guerra santa por el Sultán ha provocado un fuerte movimiento contra Rusia e Inglaterra.

Una escuadra alemana ha bombardeado el puerto ruso de Libau, en el Báltico, destruyendo algunos pequeños buques y produciendo algunos incendios y daños en varios edificios.

La flota rusa del Mar Negro ha bombardeado el puerto turco de Trebisonda, causando daños en el fuerte y en los cuarteles.



Soldados alemanes heridos que pasean acompañados de una enfermera



Dama de la Cruz Roja distribuyendo regalos entre los soldados alemanes que después de haberse curado de sus heridas en los hospitales, regresan al teatro de la guerra. (De fotografías de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

En el Mar Negro se ha librado un combate entre una división naval rusa y los cruceros turcos *Goeben* y *Breslau*; éstos últimos se vieron obligados a retirarse.

También en el Mar Negro algunos buques de guerra rusos han echado a pique tres transportes turcos que llevaban cañones, municiones, aeroplanos y automóviles.

En la bahía de Kiao-Tcheu ha naufragado un torpedero japonés por haber chocado con una mina.

A la altura de Dover, el torpedero inglés *Niger* ha sido echado a pique por un submarino alemán.

Cerca de Dunkerque un submarino alemán ha sido echado a pique por un torpedero inglés.

Un guardacostas inglés ha echado a pique en la costa Norte de Escocia al submarino alemán *U-18*.

El príncipe de Gales ha marchado al teatro de la guerra, habiéndose incorporado al Estado mayor del general French de quien ha sido nombrado ayudante.

El Parlamento portugués ha aprobado la siguiente proposición del gobierno:

«El Poder ejecutivo queda autorizado para intervenir militarmente en la actual lucha armada internacional, cómo y cuándo lo juzgue necesario para nuestros intereses y deberes de nación libre aliada de Inglaterra, tomando todas las providencias extraordinarias que las circunstancias de momento reclamen.»

S. M. LA REINA ISABEL DE BÉLGICA



Busto modelado por Victor Rousseau

Modelo de esposas, modelo de madres, modelo de reinas: tales son los títulos que gloriosamente se ha conquistado la dama excelsa que comparte el trono de Bélgica con su augusto esposo Alberto I.

Su figura, ya hermosa por sus bondades antes de que la guerra estallara, se ha agrandado hasta tocar los límites de lo sublime cuando la adversidad se ha cebado en aquella nación, rica y feliz hasta hace poco tiempo y convertida hoy en campo de lutos y desolaciones después de la incalificable invasión alemana.

Desde Bruselas a Amberes, desde Amberes a Ostende, desde Ostende a Furnes, no se ha separado de su esposo ni un momento, confortándole en los días tristes de su destierro, siendo la primera hermana de la Caridad de su reino y mostrándose infatigable en su piadosa labor de cuidar a los heridos en los hospitales, que bien puede decirse son su habitual residencia.

En Ostende, cuando el Rey se vió obligado a acompañar a su Estado Mayor general replegándose apresuradamente, la Reina quedóse en la ciudad y no salió de ella hasta que estuvo convencida de que no quedaba un solo herido en las diversas ambulancias. Una hora después, presentábanse en aquella población las primeras patrullas alemanas. Sólo una vez la Reina Isabel se ha separado del ejército; fué cuando salió de Amberes para llevar a sus hijos a Inglaterra; mas apenas los hubo dejado allí, regresó inmediatamente a la plaza asediada por los alemanes.

Hoy los soberanos de Bélgica viven a mitad del camino de las trincheras y de

la frontera francesa, en una villa que no tiene nada de palacio, pero que ofrece a sus ojos un atractivo infinito porque se encuentra en territorio belga.

De una interesante correspondencia publicada en un periódico extranjero y en la que se habla de la vida de los reyes belgas en su actual residencia, tomamos los siguientes párrafos:

«Eran las siete. Una campana de débil son llamaba a los fieles a la primera misa, cuando de la villa ocupada por los Soberanos salió un hombre alto, delgado, llevando el uniforme de general del ejército belga. Una mujer esbelta y elegante, vistiendo traje hechura sastre, color azul marino con cuello blanco y llevando un sombrero azul muy sencillo, rodeado de una ancha cinta blanca, iba a su lado. Eran el Rey y la Reina. Únicamente un oficial los seguía a algunos pasos. Sin otra escolta tomaron el camino de la iglesia...

»En su banco, el Rey y la Reina se habían arrodillado. Oraron largo rato y hasta después de haber terminado la misa enteramente no salieron de la iglesia.

»Pero los fieles que los habían reconocido y que habían salido antes que ellos los esperaban en la calle y cuando aparecieron los aclamaron. Al principio se inclinaron respetuosamente; pero habiendo gritado una muchacha: «¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina! ¡Viva Bélgica!», todo el mundo la imitó. Fué una simpática y conmovedora manifestación. Amablemente la Reina repetía: «Gracias, gracias.» El Rey saludaba militarmente; y uno y otro parecían muy emocionados.»

S. M. EL REY ALBERTO I DE BÉLGICA



Busto modelado por Victor Rousseau

«Sin la menor provocación por nuestra parte, un país vecino, orgulloso de su fuerza, ha roto los tratados que llevan su firma, violando los territorios de nuestros padres, porque nos hemos negado a faltar a lo que nuestro honor nos obliga, y nos ha atacado.

»El mundo entero está maravillado de nuestra actitud leal. Que su estima y su respeto os reconforten. Viendo su independencia amenazada, la nación se estremece y sus hijos saltan hacia la frontera. ¡Valientes soldados! Yo os saludo en nombre de Bélgica; triunfaréis porque el derecho y la razón os hacen fuertes. ¡Gloria para vosotros, soldados de la libertad, defensores de vuestros hogares!»

Así se expresaba el rey Alberto de Bélgica en la proclama dirigida a su ejército antes de salir de Bruselas para dirigirse a Amberes.

Y en esta proclama vemos sintetizados los sentimientos de aquel pueblo cuyo gesto heroico pasará a la historia envuelto en la aureola de la inmortalidad y el espíritu de aquel monarca cuyo mejor elogio se hace diciendo que es el rey digno de su pueblo.

Alemania, como en la proclama se dice, invadió el territorio belga violando todos los tratados, faltando a los propios compromisos solemnemente contraídos, y sin más derecho que la razón de la fuerza. El pueblo en masa alzóse indignado contra el invasor y se lanzó contra él en lucha épica y desigual, sin medir las aplastantes fuerzas del adversario y confiado sólo en su derecho y en la santidad de la causa que

defendía. Una tras otra fueron cayendo en poder del enemigo las principales ciudades y fortalezas, y poco a poco hubo de replegarse el ejército hasta evacuar casi del todo el suelo patrio.

Más no por esto desfalleció ni un momento, y hoy vemos a los soldados belgas combatir con mayor denuedo si cabe en un pequeño rincón de Bélgica, único no profanado todavía por la planta del extranjero, y en territorio francés al lado de los aliados, sin más aspiración que reconquistar la patria invadida y ofreciendo gustosos sus vidas en aras de ideal tan noble y tan elevado.

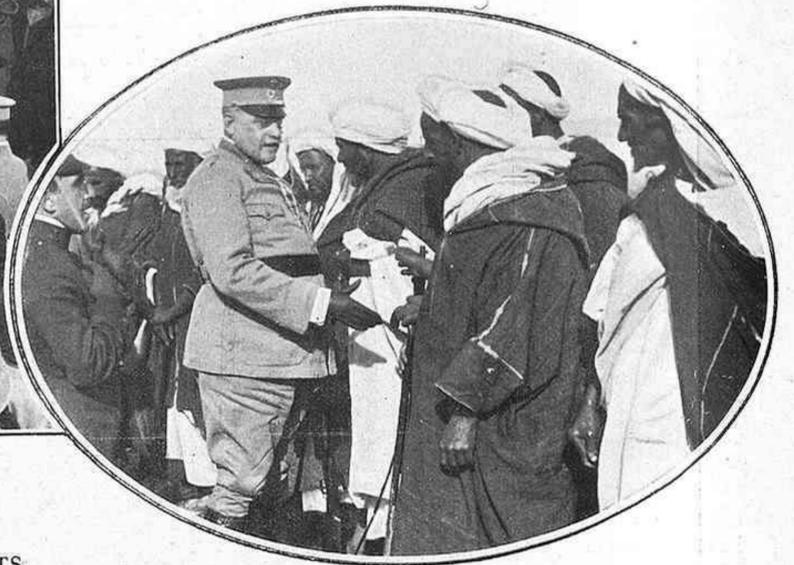
Con sus soldados lucha el rey Alberto, que desde que empezó la guerra no se ha separado un instante de ellos, compartiendo sus penalidades y sus peligros, animándolos con su presencia en los combates y dirigiendo personalmente el fuego.

La desgracia no le ha abatido, antes bien parece haberle infundido nuevos alientos y fuerzas nuevas. Su ejército lo adora, su pueblo lo venera, y él, contando con estos afectos y puesta su confianza en Dios, espera con firmeza y seguro del éxito definitivo el momento en que regresará victorioso a su patria, libre del odiado enemigo y podrá dedicar, en la paz, todas sus energías a remediar los terribles desastres de la guerra.

El nombre del rey Alberto figurará entre los de los más gloriosos monarcas ofreciendo a las presentes y venideras generaciones el más alto ejemplo de patriotismo y de sublime espíritu de sacrificio.



Marruecos. - Inauguración del fuerte de la 5.ª mfa de Sammar. El comandante de la policía indígena Sr. Riquelme leyendo a los chiujs de Beni-Bu-Gafar la alocución que les dirigió el general Jordana



El general Jordana recibiendo las muestras de respeto y agradecimiento de los chiujs de Beni-Bu-Gafar. (De fotografías de Lázaro.)

MARRUECOS. - INAUGURACIÓN DE UN FUERTE

Recientemente se ha efectuado la entrega a la quinta mfa de la Policía Indígena del fuerte para ella construido en una altura del poblado de Sammar.



El feldmariscal conde Roberts, exgeneralísimo del ejército inglés fallecido el día 14 del actual. (De fotografía.)

EL FELDMARISCAL LORD ROBERTS

Durante una excursión al teatro de la guerra de Francia, adonde fué saludar a las tropas indias, ha fallecido el glorioso veterano del ejército inglés, el generalísimo del ejército de la India y de la guerra de los boers, el feldmariscal lord Roberts. Había nacido en Cawnpore (India) en 1832 y sirvió en la artillería cuando la insurrección de los indios en 1857 y 1858; en el Estado Mayor en la guerra de Abisinia de 1868, y como mayor general y al frente de una división en el Afganistán en 1879. Allí ascendió a teniente general y tuvo la fortuna de poner fin a la guerra venciendo a Ayno Jan en 1880, victoria que le valió el título de barón. Fué después generalísimo del ejército de la India; hizo en 1886 una expedición a Birmania, asegurando el dominio de la Gran Bretaña en aquel país; obtuvo en 1892 el título de lord, ascendió a feldmariscal en 1895, mandó el ejército de Irlanda y en 1899 se puso al frente de las fuerzas inglesas, realizando la conquista del Transvaal, y siendo nombrado con tal motivo generalísimo del ejército inglés. Era lord Roberts un verdadero soldado y cuando por su edad hubo de retirarse del servicio activo, fué el apóstol entusiasta del aumento del ejército inglés, y con la palabra y con la pluma no cesó de predicar la necesidad para la Gran Bretaña de tener un ejército poderoso. La guerra actual ha convencido a sus compatriotas de la razón de sus campañas militaristas y le ha permitido asistir con patriótica alegría a la formación del gran ejército que en estos momentos está formando su antiguo colaborador en el Africa del Sur lord Kitchener y una parte del cual lucha en el campo de batalla a las órdenes de otro colaborador antiguo suyo, el general French.

MADRID. - ESTRENO DE «LA VIDA BREVE»

En un concurso organizado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1906, fué premiado por unanimidad el drama lírico *La vida breve*, compuesto por el maestro Falla sobre un bellissimo poema de Carlos Fernández Shaw. A pesar de esta circunstancia, ni el autor del libro ni el de la música pudieron conseguir que la obra se representase en Madrid. Falla, desilusionado, marchó a París a perfeccionar sus estudios y allí se destacó muy pronto su personalidad artística, conquistándose el maestro español la amistad de eminentes compositores como Debussy, Dukas, Ravel y otros, y consiguiendo que *La vida breve* fuese estrenada en 30 de diciembre de 1913 en la Opera Cómica, con un éxito tan grande como el que poco antes había alcanzado en el Teatro del Casino

Como este fuerte ha de ser vivienda para los moros, el general Jordana, deseoso de respetar las costumbres de éstos, quiso que la inauguración se hiciese con grandes fiestas a usanza del país y asistió a ellas acompañado de todos los generales, comandantes principales de Artillería e Ingenieros y gran número de jefes y oficiales de todos los cuerpos. El general y sus acompañantes fueron recibidos por todos los jefes de Beni-Bu-Gafar y bastantes de las cabilas del otro lado del Kert, y por las fuerzas de la quinta mfa formadas fuera de la alambrada. El comandante Sr. Riquelme leyó en correcto árabe la alocución del general Jordana a los bugafarís. En este documento, el comandante general de Melilla hacía constar que la terminación del fuerte significaba para aquéllos la protección y seguridad para que pudieran dedicarse con toda tranquilidad a sus labores agrícolas; hacía un parangón entre el pasado, en que para ellos sólo imperaba la fuerza, y el presente, en que reina la justicia y se facilitan el trabajo y el comercio y se vela por la salud; y expresaba la esperanza de que contribuirían con su sensatez y adhesión a la obra de paz y progreso emprendida por la nación española y sabrán rechazar a los revoltosos que pretendan turbar tan beneficiosa labor. Terminada la ceremonia, el general Jordana saludó a los jefes y notables allí reunidos, que le dieron grandes muestras de respeto y agradecimiento.



El celebrado compositor Manuel de Falla, autor de la música de *La vida breve*.



Madrid. - Una escena de *La vida breve*, drama lírico en dos actos, poema original de Fernández Shaw, música del maestro Falla, estrenado con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

La música es hermosa, inspiradísima, a ratos delicada y a ratos bravía, y traduce por modo admirable los más íntimos y recónditos momentos del drama; es, además, modelo de buen



El eminente pianista húngaro Emerich von Stefnai, que ha dado un concierto en el Palau de la Música Catalana. (De fotografía.)

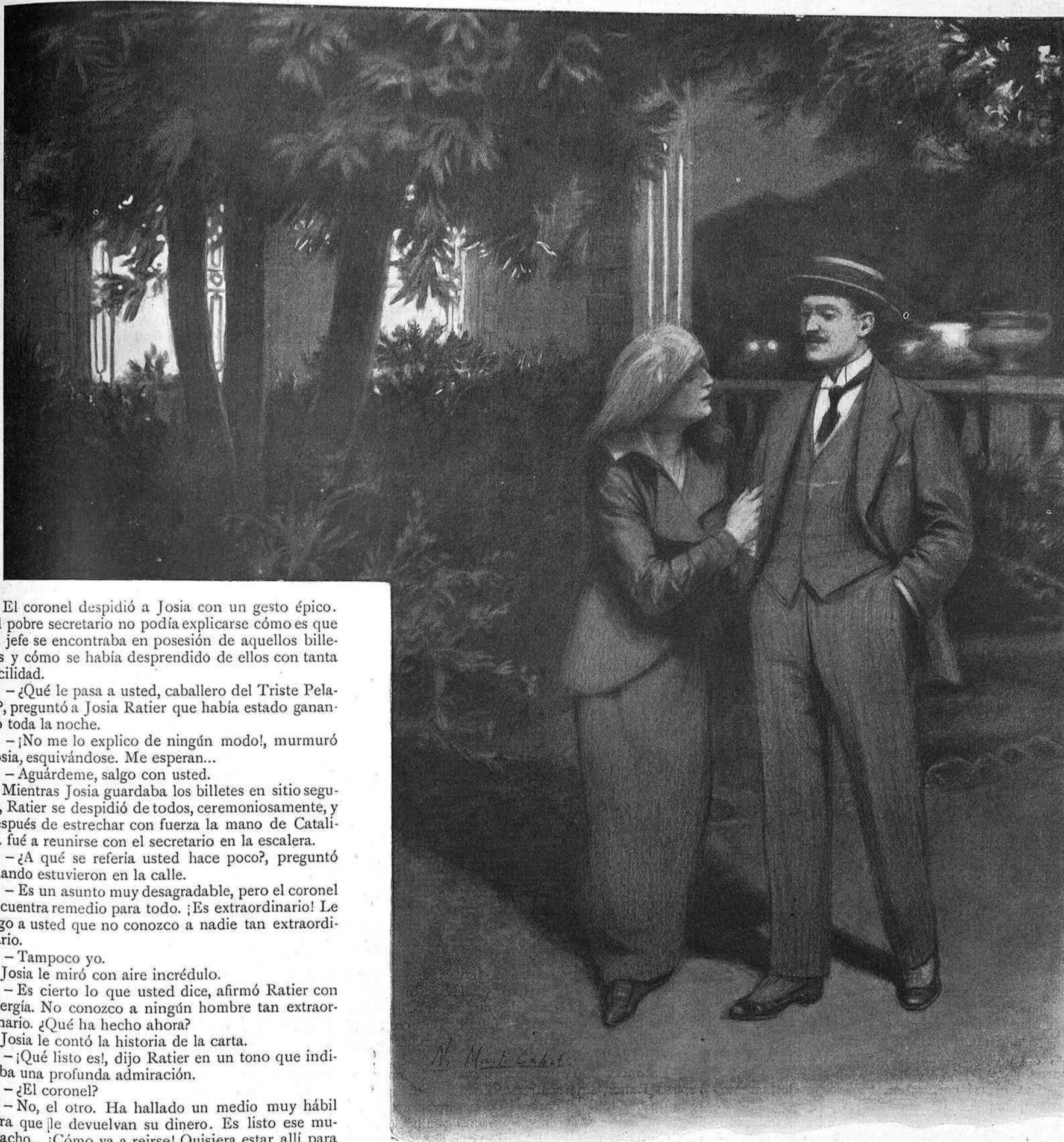
gusto, de severa expresión, sobria, sin efectos ni convencionalismos y está magistralmente instrumentada. Entre las piezas más notables merecen citarse especialmente el nocturno, la canción de la gitanilla y el cuadro de la boda andaluza. En la ejecución se distinguieron las señoras Vela, Tellaeché y Ortega, y los señores Sagi Barba, López y Meana.

EL PIANISTA EMERICO VON STEFNIAI

Cuando escribimos esta nota no se han efectuado todavía los dos conciertos que en el Palau de la Música Catalana tiene anunciados el eminente pianista Stefnai; pero en la audición íntima que ha dedicado a los críticos y a algunos aficionados de esta ciudad ha demostrado cualidades verdaderamente excepcionales que permiten anticipar grandiosos éxitos para sus audiciones públicas. Stefnai nació en Budapest en 1885 y después de estudiar con el famoso profesor Busoni, ganó en Berlín, en 1906, el codiciado premio Mendelssohn. Su nombre es hoy célebre en el mundo entero y sus excursiones artísticas por las primeras capitales de Europa han sido una serie continuada de ruidosos triunfos. Hace algunos meses contrajo matrimonio con la hija del ilustre escultor español Mariano Benlliure, y durante su viaje de bodas le ha sorprendido la guerra impidiéndole continuarlo y regresar a su país.

POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONTINUACIÓN.)



El coronel despidió a Josia con un gesto épico. El pobre secretario no podía explicarse cómo es que su jefe se encontraba en posesión de aquellos billetes y cómo se había desprendido de ellos con tanta facilidad.

— ¿Qué le pasa a usted, caballero del Triste Pelaje?, preguntó a Josia Ratier que había estado ganando toda la noche.

— ¡No me lo explico de ningún modo!, murmuró Josia, esquivándose. Me esperan...

— Aguárdeme, salgo con usted.

Mientras Josia guardaba los billetes en sitio seguro, Ratier se despidió de todos, ceremoniosamente, y después de estrechar con fuerza la mano de Catalina fué a reunirse con el secretario en la escalera.

— ¿A qué se refería usted hace poco?, preguntó cuando estuvieron en la calle.

— Es un asunto muy desagradable, pero el coronel encuentra remedio para todo. ¡Es extraordinario! Le digo a usted que no conozco a nadie tan extraordinario.

— Tampoco yo.

Josia le miró con aire incrédulo.

— Es cierto lo que usted dice, afirmó Ratier con energía. No conozco a ningún hombre tan extraordinario. ¿Qué ha hecho ahora?

Josia le contó la historia de la carta.

— ¡Qué listo es!, dijo Ratier en un tono que indicaba una profunda admiración.

— ¿El coronel?

— No, el otro. Ha hallado un medio muy hábil para que le devuelvan su dinero. Es listo ese muchacho... ¡Cómo va a reirse! Quisiera estar allí para verlo.

Josia se detuvo de pronto.

— ¡Cómo! ¿No cree usted en esa pérdida de juego? — ¿Quiere usted decir si estoy moralmente seguro de que eso es una engañifa?... No, esta palabra es poco noble... Creo que es una hermosa mistificación.

Josia, que tenía una gran confianza en el genio de Ratier, meditó un momento y dijo:

— Quizá no haría mal en devolverle este dinero al coronel, advirtiéndole...

— Guárdese usted bien de hacer eso, amigo mío... Entregue usted ese dinero, cualquiera que sea su procedencia impura a su legítimo propietario..., así se purificará. Vaya usted a cumplir su misión. Le acompañaré hasta el hotel.

Los dos jóvenes marcharon algún tiempo juntos sin desplegar los labios. Al doblar la esquina de la Madelaine Josia lanzó un profundo suspiro.

— ¿Qué le pasa a usted?

— ¡Qué pálida estaba esta noche! ¿Le ha pasado algo?

— No lo sé, respondió Ratier.

Pero después de haber reflexionado un momento, creyó que era prudente decirselo a Josia, pues en caso de necesidad su ayuda podía ser preciosa.

— Quizá tenga usted razón, dijo, pues no ha abierto la boca en toda la velada.

— ¡Dios mío! ¿Quién tiene tan mal corazón para hacer daño a ese ángel del cielo?

— Yo no, Josia. Le aseguro que no soy yo... Pero usted ya sabe que las muchachas suelen afligirse sin motivo. ¿De todos modos si tuviese alguna pena, haría usted lo posible para consolarla?

— ¡Todo, Ratier, todo! ¿Le ha dicho a usted algo?

— No me ha dicho nada, pero ¡quién sabe!

— Puede disponer de mí como quiera, como de un perro, de un caballo, de un criado... Si puedo serle útil se lo agradeceré toda mi vida.

Ratier se paró y dándole a Josia un apretón de manos dijo:

— Convenidos. Y ni ella ni yo lo olvidaremos.

Muy conmovido, Josia, siguió andando hasta el Hotel de Baden, no volviendo a cruzar los dos amigos entre sí más que palabras insignificantes.

«Me gustaría saber, pensaba Ratier, lo que Catalina ha dicho a ese animal de Remisof. Parecía muy humillado. ¡Y el coronel que no tiene un céntimo!»

A las once de la mañana Ratier fué a casa de Re-

Barbara aguardaba su respuesta con avidez

misof a quien halló disponiéndose a entregarse a sus abluciones matutinales.

— He venido demasiado temprano. ¿Le molesto?
— Alguien ha venido antes que usted, replicó Remisof con su amabilidad habitual, y ése es el que ha venido demasiado pronto, pero le he mandado a todos los diablos.

«Mejor, pensó Ratier, de este modo a mí no me recibirá mal.»

— ¿Puede saberse el nombre del que ha incurrido en su desgracia?

— No puede ser más que el coronel, gruñó Remisof.

— ¡Cómo! ¿El coronel se ha levantado tan temprano?..

— Era el mismo en carne y hueso y hasta en *tintura*. Ratier rió mucho el chiste de la tintura y entre sus risas deslizó cautelosamente esta frase:

— Tenía que necesitarle a usted mucho.

— Sí, me necesitaba. Pero yo le he despedido con cajas destempladas... Figúrese usted que ha venido a despertarme para pedirme veinte mil francos... ¡Veinte mil francos! Es preciso estar loco para tener esas ocurrencias... y yo se lo he dicho.

— ¡Desgraciado!, dijo Ratier a quien todo esto interesaba vivamente, va usted a indisponerse con el coronel y la familia Slavsky.

— ¡Me tienen sin cuidado!

— ¿Y la bella Catalina?

— La bella Catalina es una cotorra; esa es mi opinión.

— Me deja usted atónito. Y yo que tenía tan buena opinión de ella.

— Es muy ladina. Quería que yo me casara con ella en seguida. ¿Qué le parece a usted, Ratier?

Y más satisfecho que nunca de la delicadeza de su espíritu, Remisof rióse de muy buena gana, enseñando sus dientes amarillos.

Ratier se rió también a carcajadas. No había duda de que Remisof resultaba divertido tomado a pequeñas dosis. Veíase que Catalina le había tratado muy mal, cuando la guardaba tanto rencor.

— ¿De modo, preguntó el joven francés, que no ha estado amable con usted?

— Eso de hablarle a un hombre de matrimonio... Y luego muchas palabras, muchas frases huecas... ¡Odio a las mujeres charlatanas!

— ¿Renuncia usted a ella?

— ¡Claro! No vale la pena de perder mi dinero para escuchar tonterías y recibir sofiones. No faltan en París mujeres tan bellas y más amables.

— ¡Ha pensado usted muy bien!, dijo Ratier. ¿Y qué ha dicho el coronel?

— Que está perdido, que no sabe a dónde acudir. ¡Me alegro! Así aprenderá.

Ratier, sabiendo ya lo que quería, se despidió del joven ruso. Otros cuidados e inquietudes, ajenos por supuesto, solicitaban su atención.

Lo que más le interesaba por el momento eran las zozobras y preocupaciones de Boleslao. ¿En qué estado de espíritu hallaría a su amigo?

Apenas hubo entrado en el cuarto del infeliz coronel, cuando supo a qué atenerse.

Hundido en el gran sillón, tan aniquilado que parecía querer sumergirse en la mullida tapicería del mueble, el coronel meditaba tristemente. Sentado en frente, en el borde de una silla, Josia apuntaba en su carnet los nombres de todos aquellos que en otras circunstancias hubieran podido prestar dinero a su jefe; pero que desde el fracaso de los *Aurochs* se habían hecho inaccesibles.

— ¡Ah!, Ratier, exclamó el infortunado especulador, ¿es usted?.. Usted es el que va a sacarnos de apuros.

— Esa es mi costumbre, replicó modestamente Ratier. ¿Qué necesita usted ahora?

Boleslao contó su aventura: que había obtenido dinero de cierta persona (guardándose muy bien de decirle que de Bárbara), que habiéndoselo reclamado tuvo que devolvérselo, que se lo pidió a Remisof y que éste se lo rehusó. Refirióle toda la odisea de aquellas veinticuatro horas en el estilo difuso que caracterizaba al coronel. Ratier le escuchó sin pestañear.

— ¿Qué más?, preguntó Ratier cuando hubo terminado su relato y vio los ojos afligidos de Josia, fijos en los suyos, como para ponerle por testigo de aquella terrible situación.

— ¡Cómo! ¿qué más?

— ¿Qué va usted a hacer ahora?

— Eso es lo que yo precisamente me pregunto, exclamó el infortunado coronel.

Por el cerebro de Ratier cruzó una idea luminosa. Boleslao, que no le quitaba los ojos de encima, cogióla al vuelo y se imaginó que nuestro amigo iba a prestarle el dinero que necesitaba.

— ¡Usted es un muchacho tan bueno!, exclamó el polonés con ardor ditirámico. Leo en su rostro que acaba de ocurrírsele un medio para sacarnos de esta aflictiva situación. Hable usted, mi querido amigo. Usted ha dicho que posee el medio de rehacer su fortuna. No recele usted en confiármelo. Su secreto estará entre buenas manos.

— No lo dudo, respondió Ratier de muy buen humor. Pero ese medio a que aludí el otro día no es bueno más que para mí, como ya creo haberle dicho antes de ahora.

El coronel dejó caer los brazos con desaliento y Josia levantó sus ojos al cielo, de donde esperaba ya el único socorro.

— Pero me queda otro medio, continuó diciendo Ratier, y ése se lo regalo a usted.

El coronel volvió a estrechar la mano de su amigo. — ¿Ha viajado usted en ferrocarril por la línea de Ruán, mi querido coronel?

— Creo..., no lo sé..., he estado en Trouville, dijo el coronel haciendo un esfuerzo para despertar su memoria recalcitrante; pero aquella población no está en la línea de Ruán.

— No importa, repuso magistralmente Ratier; da lo mismo... ¿No ha notado usted que entre Maisóns y Poissy la vía férrea atraviesa el bosque de Saint-Germain?

El coronel no se había fijado en ello, pero hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

— Entonces verá usted, del lado de Confláns, el suelo del bosque que está absolutamente despoblado de árboles y tapizado de una hierba alta y cortante, más desagradable todavía al tacto que a la vista.

— Sí, sí, sí, dijo el coronel visiblemente exasperado por la lentitud majestuosa de aquel discurso.

— Pues bien, esa hierba, siguió diciendo con más rapidez Ratier compadecido de la impaciencia de su víctima, sería un excelente combustible; los animales la rechazan y no sirve para nada, de modo que puede conseguirse por una bicoca el derecho de cortarla. Podrían fabricarse bolitas que, impregnadas de resina, se inflamarían con la rapidez del rayo y arruinaríamos a la Compañía de cerillas.

— ¡Soberbia idea!, exclamó el coronel electrizado. Ratier, usted ha nacido especulador.

Ratier, al escuchar este elogio, no pudo contener por más tiempo su hilaridad. Cogiendo por la cintura a Josia, que le escuchaba embelesado y boquiabierto, le hizo marcar un paso elegante y rápido de baile, después de lo cual plantóse ante el coronel con las manos metidas en los bolsillos.

— Yo soy así, dijo dignamente.

— Partiremos los beneficios, Ratier, replicó el coronel. Usted es el promotor de esa gran empresa. ¿Pero quién conseguirá la patente?

— Eso no es difícil con las buenas relaciones de usted, repuso Ratier. Con dirigirse a la Embajada; pero ésta, sin embargo, es cuestión secundaria.

La dificultad mayor estribaba en procurarse dinero, primero para salir del atolladero en que se hallaba el coronel y luego para acometer la empresa.

— ¿No podría prestarme usted una cantidad?, preguntó tímidamente al bienhechor que acababa de abrir ante sus ojos tan brillante perspectiva.

— Aun tengo las bolivianas, repuso Ratier amablemente, y tengo el gusto de ponerlas a su disposición.

Boleslao, sin despreciarlas, no tenía una confianza muy grande en las bolivianas, y así se lo dijo a Ratier, empleando toda clase de miramientos, indicándole que podían serle útiles a falta de otra cosa mejor; pero que él preferiría otro medio más seguro y expeditivo.

— Entonces no se me ocurre más que una idea, repuso Ratier, sin mostrarse ofendido por la mala opinión que tenía el coronel de sus acciones, y esa idea la pongo a su servicio lo mismo que las bolivianas. Creo que reuniendo todo lo que poseo llegaré a completar la suma necesaria para ir...

— A...

— A Saxón, gritó Ratier triunfalmente en las propias narices del deslumbrado coronel.

— A Saxón. ¡Es cierto! ¡Si eso salta a la vista! ¿Cómo no se me ha ocurrido esto antes?

El coronel metió ambas manos en los bolsillos de los pantalones y se puso a recorrer febrilmente la habitación.

— La última vez que estuve en Saxón el negro salió diecisiete veces... Hay que jugar siempre el negro.

— Si es que sale diecisiete veces, observó Ratier.

— Sí; hay jugadores supersticiosos que tienen horror al negro y juegan siempre al encarnado... Es un error. ¿Cuándo nos vamos?

— Esta tarde si usted quiere, repuso Ratier. Llegaremos mañana a las dos, jugará usted toda la tarde y por la noche regresaremos. Yo no soy rico y la vida

allí es muy cara... además de que no fían a nadie y de que el hotel es abominable. Por otra parte, si pierde usted, lo mejor es venir en seguida y si gana también... Ya sabe usted que si se quedara volvería a perderlo todo.

— No siempre pasa eso.

Pero Ratier se mantuvo inexorable.

— ¡Siempre!, replicó severamente.

Boleslao no se atrevió a replicar.

— ¿Cuánto tiene usted?, preguntó Ratier.

— Mil francos.

— Pues júéguelos usted, yo me encargo de llevarle y de traerle. Dejaremos aquí a Josia.

— ¿Por qué?, preguntó el coronel.

— Porque él no juega y sería una boca más en una villa sitiada.

— Pero por lo mismo que nunca ha jugado, no estaría de más llevarle en una circunstancia tan grave como ésta; es casi seguro que ganaría si le hacíamos jugar... Ya sabe usted que la primera vez se gana siempre.

— Creyendo eso perdí yo doscientos luises la primera vez que pisé el umbral de este sitio de perdición. Deje usted a Josia tranquilo... Además que no ha de faltarnos un neófito.

— ¿Quién?, preguntó el coronel.

— No lo sé, pero allí nunca faltan. Pasa como en los testigos de casamiento a las puertas de las alcaldías...

— Está bien, dijo el coronel, pues vámonos esta noche. ¡Qué lástima que no podamos irnos en seguida.

— ¿Verá usted a la señora Slavsky antes de salir?

— ¡Naturalmente! No puedo irme sin...

— Su permiso, añadió irreverentemente Ratier.

El coronel sintió deseos de darle una lección; pero como él pagaba el viaje, dejó la cólera para otra vez, y Ratier salió de la habitación sin haber recibido ningún arañazo moral.

En vez de volver nuestro amigo a su casa se encaminó al Hotel del Louvre. Hacia poco que se había separado de Remisof y por lo tanto aun no debía de haber salido. Encontró, en efecto, en el comedor haciendo rabiar a los camareros con sus exigencias. El pretexto de sus recriminaciones era una botella de un vino venerable, acostada como un bebé en su cochecito de mimbre.

— ¡Un vino que cuesta a dieciséis francos la botella y que no vale nada!, dijo a Ratier.

— Eso no es culpa de los camareros.

— Es que lo han agitado.

— Quizá no ha valido nunca nada.

Remisof le miró con aire de duda.

— ¿Quiere usted un vaso?

— Ya que es tan malo será preciso ayudarlo a usted a beberlo, replicó Ratier acabando de expresar en voz alta el pensamiento de su amigo. De todas maneras se lo agradezco a usted y almorzaré, al mismo tiempo, pues he estado tan ocupado esta mañana, que aun no he podido hacerlo.

Pidió de almorzar y mientras esperaba que le sirvieran se acercó a Remisof.

— ¿No sabe usted una cosa?, le dijo misteriosamente.

Remisof indicóle por medio de un signo que no sabía de qué le hablaba.

— Las señoras Slavsky van a Saxón. Salen en el tren de las dos y media.

— ¿Y a mí qué me importa?, gruñó Remisof.

— Veo que usted no toma en serio los asuntos amorosos, replicó crudamente Ratier. ¿Tan pronto se abandona una empresa apenas comenzada? ¿No comprende usted todo el partido que puede sacarse de semejante ocasión? Ya sabe usted que son unas grandes jugadoras ¿no es cierto? Pues bien, usted se va allí, se encuentra a su lado en el momento oportuno en que pierdan, pues jugando se pierde siempre; les presta algunos luises y vuelve usted a recobrar su amistad. Entonces no podrán negarle nada.

— Tiene usted razón, murmuró Remisof. Pero si me piden mucho dinero...

— Con decir que no tiene usted... ¡Dios mío! ¡qué ingenuo es usted! ¡Y yo que le creía tan listo!

— Finjo que soy ingenuo, dijo Remisof herido en lo más vivo de su vanidad. No me tome usted por tan tonto.

— Pues sabe usted disimular muy bien. Lo siento porque así no puedo admirarlo tanto como yo quisiera. ¿De modo que es usted listo? Pues nadie lo diría.

Remisof sonrió con aire de superioridad y sirvió a Ratier otro vaso del precioso vino, para recompen-sarle de su deferencia.

— Nos vamos esta noche, ¿no es eso?

— ¿Va usted también?, preguntó Remisof casi convencido.

- Si usted va yo también iré... Tengo curiosidad de ver cómo se porta usted... No sé por qué se me figura que va usted a fracasar.

- Querido, a las ocho en la estación de Lyon, dijo Remisof con el aire de un conquistador.

Cogió su sombrero y después de dirigir a Ratier una mirada protectora salió del comedor.

- ¡Ya van dos!, dijo siguiendo con los ojos a Remisof. Me llevo a ese necio y dejo a Josia. Catalina estará bien guardada.

Después de almorzar se fué a su casa encantado de la vida y de sí mismo, merced al optimista temperamento que poseía.

Durante todo este tiempo el coronel corrió a casa de su hermosa amiga y como era de prever llegó en el preciso momento en que se desarrollaba una dramática escena de familia.

La noche anterior la señora Slavsky interrogó a su hija acerca de los motivos de la marcha inopinada de Remisof; pero encontróse con una resistencia invencible. Ni amenazas ni lágrimas pudieron arrancar a Catalina la menor explicación relativa a aquel incidente. La joven, herida en su dignidad y en su honor, no quiso exponerse a que su madre ridiculizara los nobles sentimientos que empezaban a germinar en su alma.

Sabía perfectamente que si contaba la escena tal como ocurrió, su madre la acusaría de haber cometido una inconveniencia, poniendo el grito en el cielo, y dolorida aún del golpe que acababa de recibir quiso reflexionar para prepararse a la lucha.

En efecto, la señora Slavsky, después de lanzar sapos y culebras contra la obstinación y el detestable carácter de su hija, se fué a acostar dando golpazos en todas las puertas. Miss Amroth, rendida de fatiga, pues tuvo que hacer de criada todo el día, hacía ya una hora que dormía profundamente. Katia encontróse sola a eso de las dos de la madrugada y pudo repasar en su cerebro todos los acontecimientos de la velada.

Ratier tenía razón. Remisof no era el joven honrado, un poco necio y demasiado fatuo, con quien pensaba casarse si se presentaba la ocasión.

Ahora que se había quitado la máscara, estremecíase al recuerdo de su indiferencia de la víspera.

Katia había vivido durante quince días tranquila y casi feliz, dejándose arrullar por la esperanza más o menos desagradable de casarse con un hombre rico y tonto, que la dejaría en plena posesión de toda su libertad y le proporcionaría el lujo que le era tan necesario. Pero al despertarse de su sueño la realidad abrióse paso de golpe, y vio entonces claramente que aunque Remisof hubiese sido un hombre honrado, iba a venderse a quien no amaba, por los caballos, los coches y los trajes que constituyen la vida de una mujer de la alta sociedad.

Por más que hacía para desechar de su cerebro aquella terrible verdad, volvía siempre a atormentarla, a presentarse ante sus ojos en toda su espantosa desnudez. Todos piensan y hacen lo mismo, decía a sí propia para disculpar su conducta..., pero una voz interior advertía de que aquello no era verdad y de que los que lo hacían no tenían defensa ni razón.

«¿Qué habrá pensado Ratier?», se preguntó de repente.

Un vivo rubor coloreó su rostro, aun cuando estaba sola y en la obscuridad.

No había duda de que Ratier hubiese pensado que hacía muy mal en casarse con un hombre a quien no estimaba.

«Pero a él eso no le importa», contestó a aquella viva intimación de su conciencia.

A Katia le pareció ver en aquel momento ante sí a Ratier que, con el rostro serio contra su costumbre, le decía lo mismo que la víspera: «Ya sé que eso no me importa, dispéñeme usted...» Y ella no se atrevía a replicarle.

«¿Qué pensará Ratier?», volvió a preguntarse. «Estará muy satisfecho», se respondió a sí propia, tornando a sentir aquel inexplicable rubor, con más viveza en sus mejillas, aunque no tenía nada de penoso y desagradable, y poco después dormíase Katia, pensando que, a pesar de todo, contaba con dos amigos, con Ratier y con la señora de Hauppelles.

Pero llegó por fin la explicación inevitable. A eso de las once se levantó la señora Slavsky y en cuanto echóse encima una bata mandó a llamar a Katia a su cuarto, volviendo a reanudarse la escena de la víspera.

- ¿Qué impertinencia le dijiste a Remisof para que se marchara sin motivo?

- No fui yo la que dije impertinencia alguna, repuso obstinadamente Katia.

- ¿Qué te dijo él? Un joven, cuando le hace la corte a una muchacha, puede permitirse ciertas bromitas.

- Mamá, dijo Katia al cabo de media hora de discusión, ¿estás segura de que ese hombre tenga la intención de casarse conmigo?

La cólera de Madama Slavsky fué tanto más violenta, cuanto que por primera vez reflexionó si Remisof tenía la intención de casarse con su hija.

- Me figuro que no habrás tenido la desenvoltura de preguntárselo.

- Sí, mamá, repuso altivamente Catalina, roja de vergüenza; pero resuelta a afrontarlo todo.

Aquella vida de expedientes, de tergiversaciones y mentiras, que había aceptado hasta entonces sin protesta a causa de su frivolidad, se le hizo de pronto insostenible.

- ¡Se lo preguntaste!, exclamó Bárbara en el colmo de la desesperación. ¡Dios mío! ¿he merecido yo acaso una hija semejante?

Si el lector echa mano de sus recuerdos notará que precisamente las personas que se han portado peor, las que han dado más deplorables ejemplos y que han llevado la vida menos recomendable, son las que más protestan y se encolerizan cuando ven alrededor suyo algo que las desagrada o las molesta.

- Mamá, replicó Katia, estoy segura de que no quería casarse conmigo.

- Pero ¿quién te infunde semejantes ideas? ¿Acaso una muchacha puede nunca creer que le hagan la corte sin intención de casarse con ella? Pero ¡eso es el colmo de la inmoralidad! ¿Quién te ha inculcado semejantes manías?

El coronel llamó en este momento. A pesar de que Bárbara estaba muy excitada, a causa de la disputa, envió a Katia al salón a recibir al visitante mientras terminaba su *toilette*.

Boleslao estaba demasiado absorto en sus propias preocupaciones para fijarse en la excitación nerviosa de Catalina. Dejose caer en un sillón, quedándose enfrascado en las combinaciones fatídicas de una martingala nueva y prodigiosa. Si no le resultaba, no le quedaba más recurso que abandonar el juego para siempre.

- ¿Qué sucede?, preguntó Bárbara ásperamente entrando en el salón.

- Sucede, mi querida y respetable amiga, dijo Boleslao, que me he visto obligado a pagar cinco mil francos de los seis mil que me prestó ayer y que esta mañana me hallaba sin ningún recurso.

Los ojos de la señora Slavsky ensombreciéronse.

Boleslao se apresuró a tranquilizarla, pero sus palabras no tenían nada de tranquilizadoras.

- He estado en casa de Remisof. Ese muchacho no es lo que nosotros creíamos, querida amiga... Se mostró conmigo muy poco amable, casi insolente.

- Katia tiene la culpa de todo, exclamó la señora Slavsky. Ayer cometió una necedad incalificable indisponiéndose con ese muchacho... Pero ya hablaremos de eso.

- Sin embargo, continuó Boleslao, cuando estaba yo más desesperado, la Providencia tendióme un cable salvador por medio de Ratier.

Al oír pronunciar este nombre, Bárbara frunció el entrecejo.

- Ratier es un hombre extraordinario... Tiene ideas extraordinarias y aunque así no fuese... Nos vamos a Saxón.

- ¡A Saxón!

- Sí, nos vamos esta noche... El paga los gastos de viaje... Vamos a jugar en sociedad.

- ¿De modo que si usted gana, a él le tocará la mitad de los beneficios?, preguntó la señora Slavsky con acritud.

- Amiga mía, es un negocio como otro cualquiera... ¿No ve usted que él me proporciona el dinero para los gastos de viaje? Si no, se lo confieso a usted, no podría irme... Aun me queda un billete de mil francos, pero ése será para empezar a jugar.

- ¿Cuándo se va usted?, preguntó Bárbara que estaba reflexionando.

- Esta noche a las ocho saldremos para Ginebra.

- Yo también iré... Sale un tren a las tres y cinco por la línea de Ponlarlier... Yo estaré allí antes que usted.

- ¡Pero, Bárbara!, ¿es posible?, exclamó el coronel encantado.

- ¿Cree usted que voy a dejarle correr solo los riesgos de una aventura como ésa?.. No, amigo mío, ya sabe usted que nuestros destinos están estrechamente unidos.

El coronel besó las bellas manos consoladoras de Madama Slavsky.

- ¿No oye usted?, da la una. ¿Cómo va usted a arreglárselas?

- Usted ya sabe que yo viajo a la inglesa y no llevo más que un saquito conmigo... A las tres menos cinco estaré en la estación de Lyon.

- ¿Por qué no viene usted esta noche con nosotros?

- Mi presencia desagradaría a Ratier. No, amigo mío, más vale que cada cual vaya por su lado... Y le aconsejo a usted que diga a Ratier que no me ha visto.

- Ya le he dicho que vendría.

- Ha hecho usted mal... No deben confiarse nunca los designios que tenemos a nadie... Pero ya que es así, no le hable usted de mi viaje y cuando me vea allí muéstrese algo sorprendido. Hasta la vista, amigo mío.

- ¿Ya me despide usted?, dijo el coronel con aire lastimero.

- Si no se me escapará el tren.

- ¡Adiós!

Boleslao se fué muy triste por haber sido despedido tan pronto, encantado al mismo tiempo de saber que en Saxón tendría a su incomparable amiga por fetiche. Imaginábase que lejos de ella no había le sonreído nunca la fortuna.

La misma señora Slavsky preparó su saquito de viaje, que llevaba siempre consigo en sus rápidas y repentinas excursiones, y luego llamó a su hija a su cuarto.

- Me ausento, le dijo, por veinticuatro horas. Trata de no cometer más inconveniencias ni tonterías... Si hubieses hecho lo que es menester para complacerme, hubieses venido conmigo; pero te castigo dejándote aquí.

Katia no parecía hacer mucho caso del castigo, y entonces su madre añadió como una agravación del mismo:

- Me voy a Saxón.

Katia estuvo a punto de exclamar: «¡Mamá, llévame contigo!», pero su orgullo impidiósele y no desplegó para nada los labios. Su madre tampoco la hubiese hecho caso.

- Te recomiendo la mayor prudencia y circunspección. Que miss Amroth esté siempre contigo. Toma veinte francos para los gastos; con esto tendrás bastante hasta mi vuelta.

La señora Slavsky recorrió la casa en todas direcciones, para convencerse de que no se olvidaba nada y, haciendo que fueran a buscar un coche, partió alegremente.

A las tres y cinco, según le dijo al coronel, salía de París.

Por su parte, Ratier había hecho también sus preparativos de viaje. Después de haber cogido cierta suma del consabido cajón, entregóse a una orgía de vocalizaciones delante de su piano, que estaba siempre muy bien afinado, y al cabo de una media hora de su artístico ejercicio metió en su saco de viaje un cepillo de dientes, dos pares de calcetines, dos pañuelos y una camisa de color, dejándolo después encima de su cama. El saquito era muy parecido al de Bárbara. Lo cerró, metióse la llave en el bolsillo y dirigióse a las alturas de Montmartre.

«Hay que matar el tiempo», decía por el camino hablando consigo mismo, y sin embargo la distancia le pareció muy larga, aunque marchaba muy aprisa.

Cuando llegó al castillo de las Nubes se encontró en el jardínillo a la señora Feraud, que estaba co-siendo mientras vigilaba los juegos de su hija.

Al ver a Ratier quedóse muy sorprendida, pues no iba nunca allí por la tarde. No visitaba el castillo más que a las horas en que estaba Jacobo.

- Sí, Luisa, ya sé, la dijo en respuesta a la exclamación que lanzó la mujer al verle, que mi conducta raya en la inconveniencia y en la indiscreción y quizás vaya aún más allá; me tiene sin cuidado. Tengo que pedir a usted un favor con la autorización de su marido, y usted cumplirá mi encargo tan bien como yo cuando menos. ¿Quiéren ustedes recoger a una muchacha honrada que va a quedarse en la calle si no la amparan ustedes?

- Yo no sé..., balbuceó la señora Feraud, es tan extraordinaria la petición de usted...

- Yo le aseguro que el comisario de policía no tendrá que intervenir para nada en este asunto..., es una cosa absolutamente anodina... Pudiera ser que dentro de muy poco una excelente y encantadora joven, que yo estimo mucho y a la que... amo, se viese obligada a buscar un refugio para ponerse al abrigo de la persecución de ciertas gentes mal intencionadas. ¿La albergaría usted en ese caso y le daría buenos consejos?

- Cuente usted desde luego con los buenos consejos... En cuanto al albergue es cosa que debe decidirla Jacobo.

- Pues pregúnteselo usted.

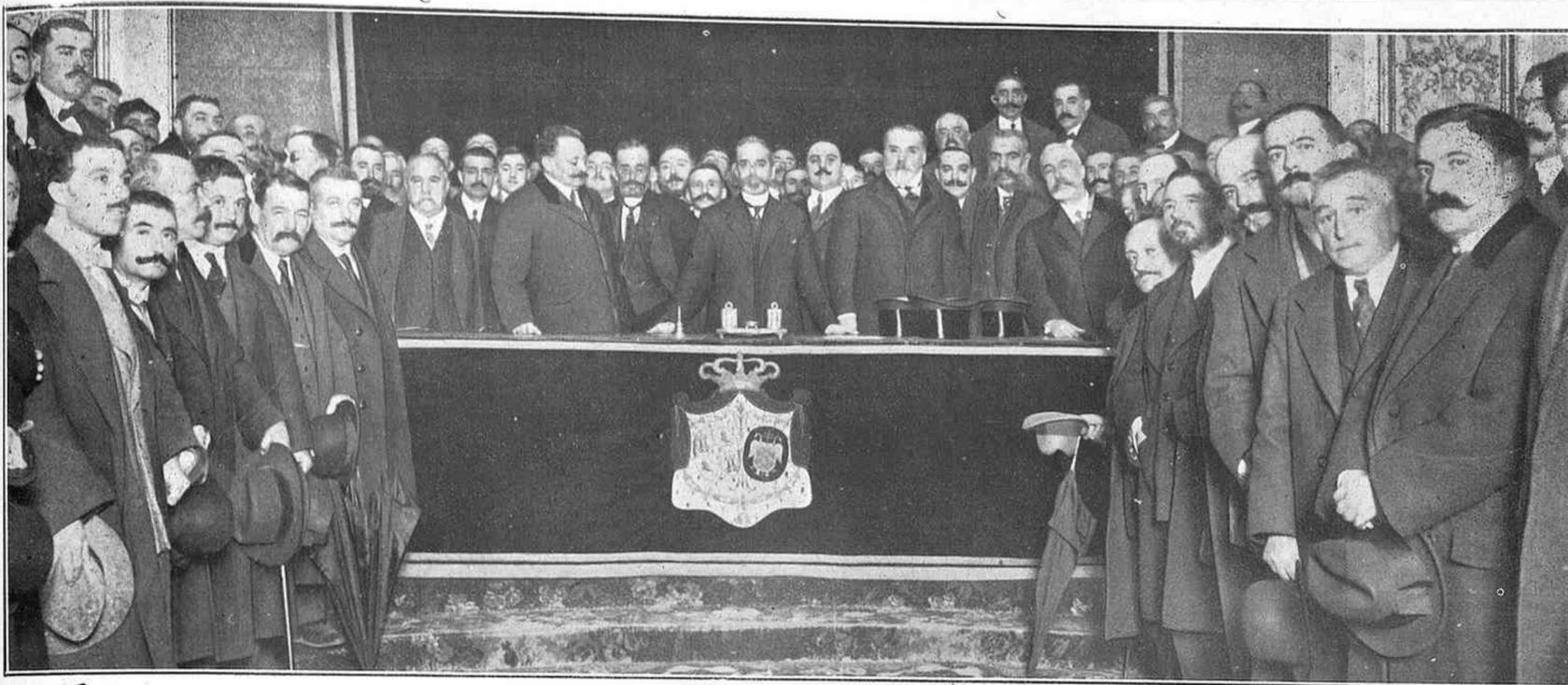
La señora Feraud permaneció un instante silenciosa.

- ¿No tiene madre esa muchacha?, preguntó.

(Se continuará.)



Buenos Aires. — Entierro del expresidente de la República general Julio A. Roca.
El entierro pasando por la Diagonal Norte. En el óvalo, el féretro sobre una cureña. (De fotografías de «La Nación» remitidas por nuestro corresponsal literario D. R. Monner Sans.)



Madrid. - Sesión inaugural del II Congreso Nacional de Sanidad Civil. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

BUENOS AIRES. - ENTIERRO DEL GENERAL ROCA

La ceremonia del entierro del general Julio A. Roca, de cuyo fallecimiento dimos cuenta y cuya biografía publicamos en el número 1.714 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, efectuóse en Buenos Aires el día 22 de octubre último y fué en alto grado imponente.

Formaban parte de la comitiva el Presidente de la República, el gobierno, el Cuerpo Diplomático y todas las personalidades notables bonaerenses, así como un público numerosísimo en el que estaban representadas todas las clases de aquella sociedad.

Rindiéronse al cadáver del general Roca honores militares, y el paso del entierro por las principales calles de la capital fué presenciado por una inmensa multitud.

En el acto del sepelio pronunciaron sentidos discursos, entre otros, el Presidente de la República, D. Victorino de la Plaza, y los ministros de Chile y del Brasil.

El Sr. de la Plaza pudo, mejor que ningún otro, hacer resaltar los relevantes méritos del general Roca, puesto que en distintas ocasiones compartió con él la dirección de los negocios públicos. En efecto, fué su secretario de Estado y a menudo su confidente político, lo que le permitió estudiar profundamente el alma y el carácter de aquel ilustre repúblico y la prudencia y sabiduría con que apreciaba los problemas de su época. Los ministros del Brasil y de Chile consideraron la personalidad del difunto como apóstol de la paz continental: el primero recordó el último viaje del general Roca a Río Janeiro y sus esfuerzos para afirmar la paz argentino-brasileña; el segundo se refirió al viaje

que aquél hizo, siendo presidente, al estrecho de Magallanes, en donde celebró con el presidente chileno Erraguriz una célebre conferencia de grandísima trascendencia para la historia de ambos pueblos.

MADRID. - II CONGRESO NACIONAL DE SANIDAD CIVIL.

Se ha celebrado recientemente en Madrid el II Congreso Nacional de Sanidad Civil, al que han concurrido numerosos y distinguidos médicos de diferentes poblaciones españolas y en el que se han discutido importantes temas médicos y sanitarios.

La sesión inaugural fué presidida por el ministro de la Gobernación Sr. Sánchez Guerra, a quien acompañaban en la mesa presidencial los doctores Cortezo, Martín Salazar, Bejarano, Pulido, Albiñana, Almarza y Moliner.

Pronunciaron elocuentes discursos el doctor Cortezo, presidente del Congreso, elogiando a los médicos titulares, al Sr. Dato, creador del Instituto de Alfonso XII y del reglamento de Sanidad exterior, y a los Sres. Maura, Sánchez Guerra, La Cierva y Canalejas; el Dr. Albiñana, encareciendo la importancia del proyecto de ley para combatir las epidemias presentado actualmente a las Cortes por el Sr. Sánchez Guerra, y el Dr. Moliner, dedicando también grandes alabanzas al ministro.

El ministro de la Gobernación, después de manifestar que se sentía orgulloso por haber sido el creador de la primera junta contra la tuberculosis y de haber firmado la Ley de Protección a la Infancia, prometió agotar todos sus esfuerzos para que sea ley en esta etapa parlamentaria el proyecto contra las epidemias y terminó diciendo un sentido recuerdo al conde de San Diego y entusiastas elogios al Dr. Cajal.

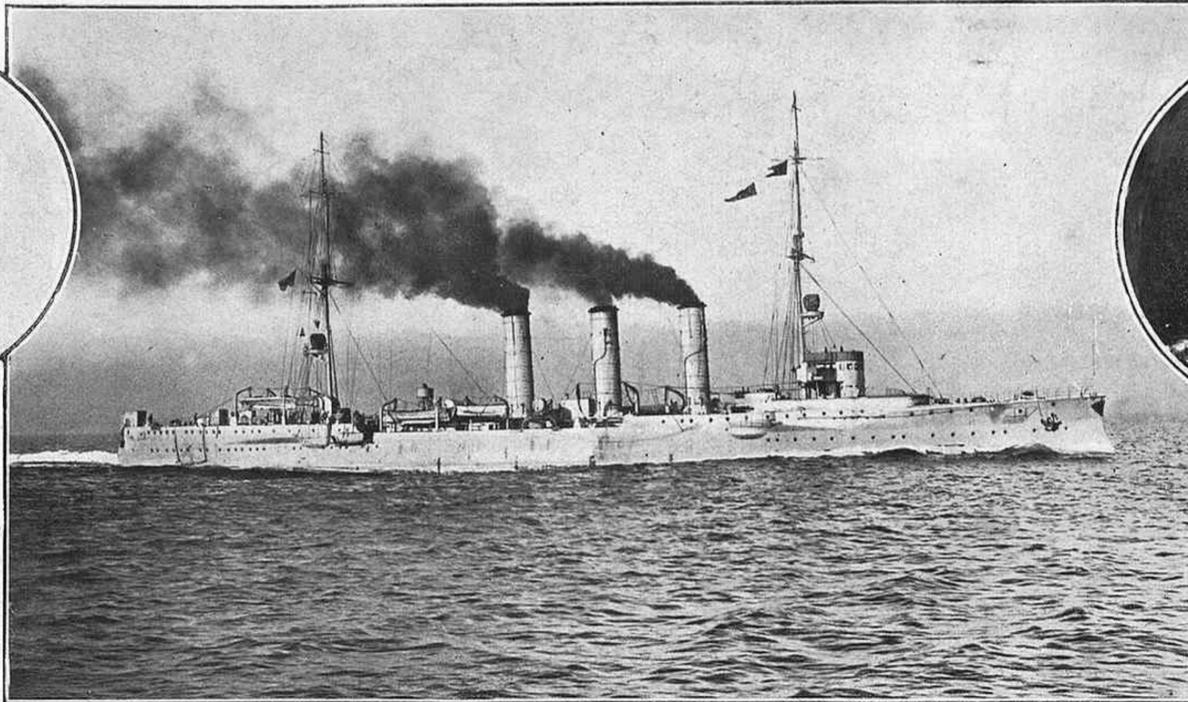
i Deliciosos perfumes de las flores campestres.....! Os encuentro reunidos en el Jabón HENO de PRAVIA

Ehrmann.

LA GUERRA EUROPEA. (De fotografía de Berliner Illustrations Gesellschaft.)



El capitán von Müller del famoso crucero auxiliar *Emden*, a quien por disposición del Almirantazgo inglés se han concedido todos los honores de la guerra.



El crucero auxiliar alemán *Emden*, que en el Océano Pacífico echó a pique dos buques de guerra y dieciocho barcos mercantes ingleses y que recientemente ha sido echado a pique después de un combate contra varios buques de guerra de los aliados



El capitán Juan C. T. Glosop del barco de guerra de la marina australiana *Sidney*, que tomó parte principal en el combate en que fué echado a pique el *Emden*.

El célebre crucero auxiliar alemán *Emden*, que en el Océano Pacífico había echado a pique dos buques de guerra ingleses y capturado o echado a pique dieciocho vapores mercantes, ha sido, a su vez, echado a pique por varios buques de guerra ingleses auxiliados por otros franceses y japoneses y por los australianos *Melbourne* y *Sidney*.

El *Emden* desplazaba 3.600 toneladas, su velocidad era de 24 nudos y montaba 10 cañones de 105 milímetros y dos tubos submarinos laterales.

Había ido a la isla de Cocos para cortar cables telegráficos; pero los telegrafistas, advirtiendo su aproximación, lanzaron radiogramas en todas direcciones, lo que hizo que inmediatamente acudieran varios buques de guerra de los aliados que trabaron violento combate contra el *Emden*. Éste se defendió heroicamente, pero ante el ataque de superiores fuerzas hubo de sucumbir y, presa de las llamas, fué a encallar en la costa perseguido por sus enemigos y principalmente por el *Sidney*.

De su tripulación perecieron 200 hombres; el capitán von Müller y el teniente Francisco José de Hohenzollern, pariente del emperador Guillermo II, resultaron ilesos y fueron hechos prisioneros, habiendo el Almirantazgo inglés ordenado que se les tributasen todos los honores de la guerra y que los oficiales sobrevivientes conservasen sus espadas.

La prensa inglesa elogia unánimemente al capitán, a la oficialidad y a la tripulación del *Emden*. Hablando de ellos, el importante diario londinense *The Times* escribe lo siguiente:

«Nos regocija que el crucero *Emden* haya sido destruido por fin; pero saludamos al capitán von Müller como a un bravo y caballeroso adversario.

»Deseamos que su vida haya sido salvada, porque si viene a Londres le tributaremos una generosa bienvenida. Nuestra raza de marinos sabe cómo se ha de admirar a un osado marino

lleno de recursos, y hay pocos episodios en la historia naval moderna que sean tan notables como la carrera meteórica del pequeño *Emden*. El capitán von Müller ha capturado 20 de nuestros vapores mercantes y ha echado a pique otros 17. Sus ataques nos han costado, aproximadamente, 2.200.000 libras esterlinas; es decir, poco más o menos la mitad de lo que importan los daños sufridos por toda nuestra Marina mercante.

»Con un rasgo de entera y legítima estrategia ha echado a pique un crucero ruso y un destructor francés; ha bombardeado una capital de provincia; ha sembrado verdadero pánico entre ciertas clases de los habitantes indígenas de nuestros puertos indios. Puede decirse que ha prohibido la navegación en toda la bahía de Bengala, aislando la provincia de Burma durante muchos días, y ha terminado su audaz carrera destruyendo una estación de telegrafía sin hilos.

»En todas sus proezas se ha conducido con la más perfecta cortesía, como los oficiales y tripulantes de muchos de los barcos que ha echado a pique han testificado. En ningún caso, jamás, ha hecho que se pierda una vida innecesariamente, y tanto como ha sido posible se ha atendido estrictamente a los dictados y preceptos del Derecho internacional. En Madras incendió únicamente los pozos de petróleo y un fuerte. Si todos los compatriotas de su tripulación hubiesen luchado de la misma manera, la nación alemana no habría merecido la execración universal que actualmente ha caído sobre ella.

»Desde el momento en que el *Emden* estuvo al alcance de los ocho cañones de seis pulgadas del *Sidney*, no se podía dudar del resultado.

»El *Sidney* tiene 2.000 toneladas más de desplazamiento; tiene, cuando menos, una velocidad superior al *Emden* de un nudo por hora, y su artillería es mejor y más numerosa que la del *Emden*, cuyos cañones mayores eran de cuatro pulgadas.»

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

GÉNESIS DE LA MONARQUÍA CATALANA, por *Martín Roger*. — Partiendo del punto de vista hoy universalmente aplicado a las ciencias históricas de que la historia verdadera ha de presentar todos los acontecimientos humanos, así los referentes a la vida pública como los que son manifestaciones de la vida privada, haciéndose cargo de las causas que los produjeron, el autor de este ensayo histórico estudia la monarquía catalana en sus orígenes, examinando concienzuda e imparcialmente, después de un capítulo destinado a los antecedentes, la formación de la monarquía franca y modo cómo se transforma; la formación de la Marca Hispánica; la independencia de Cataluña, la preponderancia del condado de Barcelona, el carácter de la monarquía catalana y la monarquía y la naciona-

lidad, estudiando los sucesos, las instituciones, las costumbres, etc., correspondientes a cada período. Un tomo de 124 páginas, editado en Barcelona en la «Biblioteca Popular de L'Avenç»; precio, 50 céntimos.

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIÈRE. 1915. — Este almanaque es suficientemente conocido en España y fuera de ella, para que resulte innecesario todo elogio del mismo. Nos limitaremos, pues, a consignar que al correspondiente a 1915 contiene muchos y muy interesantes artículos y datos sobre materias de Bellas Artes, Música, Geografía, Historia, Ciencias vulgarizadas, Medicina e Higiene, Literatura, Derecho usual, Agricultura, Juegos y Sports, Ejército y Armada, Vida práctica, etc. Con cada ejemplar del Almanaque se acompañan varios bonos que dan derecho a varios regalos, entre los que figuran participaciones a un billete de la Lotería de Navidad y 1.000 décimos de la Lotería Nacional del primer sorteo de julio de 1915.

Véndese el almanaque a 1,50 ptas. en rústica, 2 en cartón y 3 encuadernado en piel en todas las librerías y tierdas de objetos de escritorio.

MOCIÓN QUE EL DR. D. JOSÉ M. DE MORALES BARROS, CONSUL GENERAL DEL BRASIL EN ESPAÑA, PRESENTA AL VIII CURSO INTERNACIONAL DE EXPANSIÓN COMERCIAL CELEBRADO EN BARCELONA DE 27 DE JULIO A 15 DE AGOSTO DE 1914. — Notable trabajo en el que, después de exponer algunas noticias sobre la posición, límites, superficie, población, religión, gobierno, división administrativa y clima del Brasil, se relacionan las producciones principales de aquel país, así como los minerales que el subsuelo contiene y las industrias que allí hay establecidas, todo ello con numerosos e interesantes datos estadísticos y con atinadísimas consideraciones. Un folleto de 28 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de A. Arissa.

NUEVA REIMPRESIÓN

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela. Se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PÂTE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN